



MÁLAGA MÓVIL

Notaba frío, pese a estar en junio. Con un pequeño retraso, salimos hacia Atocha. Entre los viajeros, bastantes jubilados y una pareja ocasional de un canario borde y una ceutí madurita. La espera en Atocha fue breve. Las noticias de la prensa hablaban del gobierno Sánchez y su mayoría de mujeres ministras. Los móviles sonaban sin cesar en el trayecto a Málaga: el más activo era un viajero de pelo blanco y gruñón, que ordenaba cómo se debía hacer un trabajo de colocar cajas. Un calvo en el asiento delantero también conversaba con el móvil. Atrás quedaba un tiarrón grande y fuerte, calvo y de pelo ralo. Debía ser yanqui, a juzgar por su lengua y aspecto. Para hacer juego, la peli era en inglés, con minúsculos subtítulos en español. Se hacía extraño ver el campo agostado, amarillo, pues parecía que en la zona no había llovido últimamente.

Recordaba de otros viajes la huella de Cervantes en la ciudad califal y la de Roma en su historia, la mezquita y el puente cercano... Como posible alternativa, se me ofrecía el cine. Tenía también un posible viaje a Antequera, cercana relativamente. Recordaba la Ruta de Washington Irving, que incluye Antequera en su recorrido (de pequeño leía sus "Cuentos de la Alhambra" en edición ilustrada con dibujos).

A mi llegada a la estación María Zambrano, tomé un taxi – furgoneta de tres puertas a cada lado, que me dejó frente al hotel, separado de la parada por el cauce semiseco del Guadalmedina. Mi habitación, en un hotel que conocía de hace años, daba al río, pero tenía debajo una cafetería adornada por banderas de las naciones participantes en el Mundial de Rusia.

Salí a comer algo y a pasear, y llegué hasta el Cine Albéniz y la Plaza de la Merced, con su obelisco a los mártires libertarios del siglo XIX y árboles con hojas en forma de flores de color violeta y encarnado. Entré de nuevo en la casa natal de Picasso y en otra muestra sobre su bestiario, compuesta de grabados, libros, etc. La Plaza está llena de motivos picassianos, como su estatua de metal dorado sentada sobre un banco.

Volví a la Central, que así se llama la cafetería situada en el mismo bloque del hotel. Estaba rodeado de fotografías de personajes cinematográficos: actores famosos, como Marilyn Monroe, Clark Gable, James Stewart... Con la tele enfrente, vista solo por mí, y a la izquierda una jovencita sirviendo cervezas desde la barra como camarera. De repente, entraron dos municipales fornidos, con pistola y casco, y departieron un rato con los integrantes de una mesa. A su derecha, veía una celebración femenina, con alguna presencia masculina, posiblemente de población anglosajona. Tal como llegaron, de repente los dos guardias desaparecieron, como si de un sueño o pesadilla se tratase.

El centro de noche se transforma y repuebla bajo las luces y entre un gentío multicolor y predominantemente joven. Volví al hotel a 25 grados centígrados, entre la animación nocturna de grupos, actuaciones y demás.

Al día siguiente, viernes, decidí viajar a Antequera. Atravesamos una zona de verdes montañas, siguiendo el cruce del río Guadalmedina en dirección Norte. Cuando llegábamos, pude advertir a mi izquierda que las nubes bajas cubrían la falda de las montañas. El centro urbano se encontraba algo lejos de la zona por la que callejeaba y descendía. Al fin, entré en una calle peatonal y encontré un mercado municipal recién rehabilitado, un monasterio también reconstruido y dedicado a biblioteca en un palacio con claustro de dos plantas y escalera imperial, la alledaña plaza de Fernández Viagas, el museo de Antequera (con fondos de prehistoria, época romana y musulmana, pintura religiosa barroca y moderna sobre la ciudad...), etc.

La Colegiata de Santa María, aunque cerrada al culto, es una gigantesca mole de fachada renacentista, adosada a la Alcazaba. Bajo una plaza situada frente a la fachada, se pueden contemplar los restos de unas termas romanas, situadas varios metros bajo el mirador. Paseo junto a las murallas de la alcazaba, desde donde se divisa una magnífica panorámica, bajo el sol del mediodía de un día de junio muy caluroso. Tras descender varios metros y llegar a una plaza dominada

por la espectacular fachada de una antigua iglesia cerrada, llego de nuevo a la Plaza del museo, presidida por una espectacular estatua a caballo de Fernando de Antequera.

Después de pasar por la oficina de turismo, llego a la Plaza de San Sebastián, con un curioso arco en un lateral. Me encuentro con una doble escultura sedente, en la que reconozco solo al poeta Muñoz Rojas. Vuelvo en bus, pero esta vez bajando, otra vez por la misma carretera en dirección a Málaga. Antequera es una ciudad muy extensa, aunque cuenta con 40.000 habitantes.

Desciendo en La Rosaleda, junto al estadio del Málaga, que acaba de descender a 2ª. El estadio es magnífico por dentro y por fuera, bañado por una luz natural que no es tan potente en casi ninguna otra ciudad española. El estadio del Málaga está junto al cauce del río Guadalmedina, que solo tiene agua en algunos tramos de su recorrido urbano, aunque por la carretera de Antequera puede divisarse como si fuera un río normal, pequeño pero con agua y, al parecer, bastante limpio.

Por la tarde, el cielo está nublado. Voy al Thyssen, en donde veo una exposición sobre el Mediterráneo, de pintura y escultura, y otra de grabados andaluces de Gustavo Doré. Paso por el teatro romano y la alcazaba, antes de entrar en el Albéniz a ver *El hombre que mató a Don Quijote*, de Terry Gilliam, otra versión de la novela de Cervantes, pero hablada en inglés, lo que dificulta la verosimilitud de la obra, por otra parte divertida pese a su duración. Cuando salgo, ya de noche, paseo por el centro por Larios y la Alameda, desde donde vislumbro iluminada en azul la gigantesca noria, situada junto a la Comandancia de Marina y la Estación Marítima.

Casi tropiezo con la estatua sedente de Andersen, con el sombrero de copa y rostro sonriente. Tiene algo de mágica la noche malagueña con semejante personaje, de aspecto bonachón. El sábado es mi último día completo. Tomo un taxi hasta el Museo Ruso. El vehículo sigue la desembocadura del río hasta el Paseo Marítimo, cuya carretera continúa hasta llegar a la antigua Tabacalera.

Entro a ver una exposición sobre el realismo socialista, con representación de los líderes de la Revolución de 1917 (Lenin, Stalin, Kírov, Trotsky, etc.); la historia, los deportes, la

producción económica, la navegación aérea y marítima, la ciencia... Destaca el apellido Deineka. Su firma y la de otros como Repin, anterior a él, aparecen entre las obras de pintores rusos viajeros, que reflejan imágenes de Egipto, Marruecos, Italia, Francia, España, norte de Europa, Estados Unidos (precisamente de Deineka), China, Mongolia y Japón. Como se ve, los rusos conocieron las culturas a su Oeste y a su Este.

Un par de señoras maduras protestan en voz alta de que los rusos representan la fiesta de los toros en pintura y escultura. Paso mi última tarde, de nuevo, en la Plaza de la Merced, junto a la estatua metálica de Picasso. Tiene en su mano una especie de lápiz y un cuaderno y está sentado. La gente toca algunos puntos de la estatua, que ya comienza a estar desgastada a pesar de que no lleva mucho tiempo expuesta en la Plaza.

Entro después otra vez al Albéniz, donde veo, en una magna sala de color claro con aspecto de antigua grandeza, una película sobre Marguerite Duras durante la ocupación alemana de París. Es también larga, pero más lenta que la de Terry Gilliam. Cuando llego a mi habitación, veo en la televisión un episodio del comisario Montalbano que no recordaba haber visto.

El domingo amanece con sol y viento, como el jueves por la tarde que llegué. En Córdoba suben un grupo de catalanes: un joven con barba y una chica joven y atractiva, más un tipo grande y muy pesado que me clava el suplemento dominical en mi asiento y bebe un combinado de alcohol y refresco, echando en el vaso el contenido de dos botellines que lleva en su bolsillo derecho. Habla con la parienta en el idioma de Maragall, deprisa y en voz baja. Me siento encerrado entre la ventanilla y el monstruo catalán, hasta que sale del vagón en busca de sus *compas*. Aprovecho para coger mis bultos y me voy en dirección contraria a la del barcelonés.

Y de Atocha a Chamartín. Y por fin, en un tren dirección San Sebastián, consigo leer y hasta echar una cabezada, mientras empiezo a ver las tierras anegadas de agua de la provincia de Valladolid. Hemos tenido un curso pasado por agua tras otro anterior de sequía. ▽

**Eduardo Alonso Franch es exjefe de sección en la Biblioteca de Filosofía de la UVA*